

# AFORISMOS

Nº 4 - 2021

## DIRECCIÓN

CONSUELO MARTÍNEZ-SICLUNA SEPÚLVEDA

## SUBDIRECCIÓN

ANTONIO MARTÍN PUERTA

## SECRETARIO

FERNANDO ARIZA GONZÁLEZ

## MIEMBROS DEL CONSEJO DE REDACCIÓN

JOSÉ MARÍA CARABANTE MUNTADA  
ALFONSO MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA GARCÍA DE DUEÑAS  
JORGE VILCHES GARCÍA

## MIEMBROS DEL COMITÉ DE REDACCIÓN

ANTONIO GIMÉNEZ SÁEZ  
MIGUEL MARÍA JIMÉNEZ DE CISNEROS  
RAMÓN DE MEER CAÑÓN  
JUAN ARTURO MORENO CABRERA

## COMITÉ CIENTÍFICO

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO (Universidad de Córdoba)  
LUIS ALBURQUERQUE (Instituto de Lengua, Literatura y Antropología, CSIC)  
CHANTAL DELSOL (Academia de Ciencias Morales y Políticas, Francia)  
PIOTR JULIUSZ JAROSZYNSKI (Universidad Católica de Lublin, Polonia)  
PAOLA B. HELZEL (Universidad de Calabria, Italia)  
JULIO ALVEAR (Universidad del Desarrollo, Chile)  
JOSÉ ANDRÉS GALLEGO (Universidad de Cádiz, CSIC)  
COSTANTINO ESPOSITO (Universidad de Bari, Italia)  
RAFAEL SÁNCHEZ SAUS (Universidad de Cádiz)  
RAÚL CANOSA (UCM)  
BENEDETTA SAPORANO (Università Aldo Moro de Bari)

**Dykinson**

**ISSN: 2695-5253**

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970/932720407.

AFORISMOS  
agradece las donaciones recibidas  
y a la Dirección General de la Fundación Universitaria San Pablo CEU su colaboración.

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial  
Para mayor información, véase [www.dykinson.com/quienes\\_somos](http://www.dykinson.com/quienes_somos)

© Los autores  
Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid.  
Teléfono (+34) 91 544 28 46 – (+34) 91 544 28 69  
e-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)  
<http://www.dykinson.es>    <http://www.dykinson.com>

ISSN: 2695-5253

Depósito Legal: M-36543-2019

Maquetación: [german.balaguer@gmail.com](mailto:german.balaguer@gmail.com)

**JOSÉ MARÍA CARABANTE, LA SUERTE DE LA CULTURA: HACIA  
UNA RECONSTRUCCIÓN DE LA CULTURA Y DEL HOMBRE,  
LA HUERTA GRANDE, MADRID, 2021, 90 PÁGS. ISBN: 978-84-  
1711887-7**

**JUAN PABLO SERRA**

*Universidad Francisco de Vitoria*

Tras su estudio de la teoría social de Jürgen Habermas y su repaso a las claves intelectuales de mayo de 1968 –amén de su prolífica labor en revistas culturales–, José María Carabante ofrece, en *La suerte de la cultura*, un ensayo en su sentido más preciso. En efecto, no estamos ante un tratado filosófico con argumentaciones y demostraciones, ni tampoco ante un texto plagado de definiciones, evidencias, argumentos y datos. Es, en palabras del autor (*Zenda*, junio 2021), “una reflexión impresionista” más que “un diagnóstico definitivo y concluyente sobre nuestro presente cultural”. Y así hay que leerlo: como un ensayo impresionista, una recolección de ideas, pasajes, citas, ejemplos, evocaciones y demás recursos retóricos destinados a ensayar o probar un mensaje central, a saber, que *la suerte o el destino de la cultura es, también, la suerte o el destino del ser humano*.

El autor desgrana esta tesis en siete capítulos en los que pasa revista a un sinfín de cuestiones clásicas y contemporáneas: las dos culturas de C. P. Snow, las *fake news* y la ola populista, la distinción e interrelación entre naturaleza humana y cultura, el transhumanismo y el antiespecismo, la vuelta a lo ideográfico propiciada por las nuevas tecnologías, el vínculo entre cultura y religión, la crítica al relativismo cultural y a la mentalidad utilitarista...

Ahora bien, para degustar a fondo el libro, quizá sirvan de guía estas cuatro orientaciones básicas.

En primer lugar, el punto de partida. En un libro sobre la cultura, ¿cómo la define el autor? De un modo sencillo, que remite a una concepción clásica: cultura es cultivo de lo humano. Un cultivo que integra lo científico (o razón técnica), lo humanístico (o razón teórico-contemplativa) y la tradición (razón ética). Leer el arranque del libro ayuda a entrar mejor en este enfoque general que da el autor a la cultura. Allí, recordando la noticia del incendio de la catedral de Notre Dame en 2019, Carabante dibuja un escenario que evoca a los apocalípticos e integrados de Umberto Eco, con nostálgicos convencidos de que la cultura parece hoy ante la indiferencia de muchos y optimistas que celebran el progreso tecnológico y al acceso al conocimiento de cada vez más personas. ¿Quién lleva razón? Seguramente, ambos. Lo cual no quita para que se haya instalado entre nosotros la visión de las ciencias como conocimiento benéfico y las humanidades como un saber ensimismado e improductivo. Una visión que acompaña al declive de la cultura en general, que no es útil... aunque sí necesaria para nuestro espíritu.

En ese mismo capítulo inicial, también, deja caer Carabante una idea muy poderosa, a saber, que la cultura es la gran mediación que permite que emerja nuestra humanidad. Ahora bien, ¿qué necesita? Tiempo, que es la condición indispensable para tener auténticas experiencias, como recoge citando a Giorgio Agamben en *Infancia y experiencia* (1979) (p. 20). Hay una conexión sutil pero evidente entre experiencia, cultura y humanidad. Para poder tener auténticas experiencias hace falta recogerse, reflexionar sobre lo que vivimos, dedicar tiempo a pensarlo. Y, para que esa reflexión se enriquezca, nos viene muy bien comparar lo vivido con lo que hemos visto en la ficción y en el arte, o hemos escuchado de maestros, padres, sacerdotes, artistas, intelectuales, científicos... es decir, la cultura ayuda a interpretar lo vivido y darle sentido. Si, con Charles Taylor, la vida de cada persona puede concebirse como una historia de búsqueda del bien, entonces la cultura aparece como ayuda indispensable: gracias a ella, aprendemos a razonar buscando la verdad, a actuar buscando el bien, o a ser afectados por la belleza, como concluye Carabante en las últimas páginas del libro. En definitiva, gracias a la cultura surgen las mejores expresiones de nuestra propia humanidad. Una segunda orientación entra en el campo de la antropología filosófica. Bajo esta rúbrica, hay varias ideas sugerentes en el libro. La primera es que *si hay crisis de la cultura es porque hay crisis del hombre*. Asoma al final del primer capítulo (p. 23) y se desarrolla en el tercero (pp. 39-43), pero ¿qué significa exactamente? Una crisis en la comprensión de quiénes somos, algo que varios autores retrotraen hasta la misma modernidad y que se advierte hoy en fenómenos como el transhumanismo o el animalismo, que el autor refiere en el libro. De nuevo, salta la conexión entre naturaleza humana y cultura: es difícil que haya cultivo de lo humano si lo humano se reduce a *res cogitans*, a pura sensación, a mera animalidad o a un material flexible y moldeable.

Y es que el sentido originario del vocablo “cultura” es, justamente, desarrollo de nuestra naturaleza humana (pp. 27, 28, 31), ya como animales simbólicos –contamos historias para entender mejor quiénes somos–, ya como seres que se asoman al mundo sin estar del todo hechos –existencialmente hablando. En este sentido, la cultura conforma una “segunda naturaleza” para realizar lo que está latente en la naturaleza primera del ser humano (tendencia al conocimiento, a convivir con otros, al descanso, al trabajo, a querer lo superfluo, a ordenar la convivencia, a buscar bienes más allá de su utilidad, etc.). Sin cultura, en definitiva, no hay vida humana –tanto orgánica (*zoé*) como biográfica (*biós*)– pero, sobre todo, la cultura enriquece la vida humana en la medida que satisface la necesidad de bienes en sí, de vivir de forma desinteresada (p. 37).

Una tercera orientación tiene que ver con el conocimiento de la realidad. Aquí el libro trabaja algunas ideas sumamente importantes, que se resumen en que *la cultura permite un conocimiento mucho más profundo de lo que tenemos a simple vista*. Quien cuenta con una formación cultural sólida –es decir, quien huye tanto de la tentación de idolatrar la cultura como de buscar en ella mero divertimento– no puede sino percibir matices y niveles en la realidad. Por ejemplo, sabe que las personas, los valores y las obras de arte no se pueden reducir a su aspecto objetual sin perderse lo que realmente son. Incluso las cosas más anodinas están cargadas de significado para el que sabe detenerse a mirarlas, una idea poderosa que Carabante desgrana al aludir, casi de pasada (pp. 81-82), a *El origen de la*

*obra de arte* (1935-1936) de Martin Heidegger. En un pasaje memorable de aquel libro, el filósofo alemán llevaba a cabo un impresionante ejercicio de interpretación de uno de los numerosos cuadros que pintó Van Gogh sobre zapatos o zuecos. En efecto, generalmente de un objeto como un zueco sólo vemos su utilidad y, a veces, ni eso; pero ¿y si un objeto tan modesto pudiera traslucir algo más que eso? Decía Heidegger:

En la oscura boca del gastado interior del zapato está grabada la fatiga de los pasos de la faena. En la ruda y robusta pesadez de las botas ha quedado apresada la obstinación del lento avanzar a lo largo de los extendidos y monótonos surcos del campo mientras sopla un viento helado. En el cuero está estampada la humedad y el barro del suelo. Bajo las suelas se despliega toda la soledad del camino del campo cuando cae la tarde. En el zapato tiembla la callada llamada de la tierra, su silencioso regalo del trigo maduro, su enigmática renuncia de sí misma en el yermo barbecho del campo invernal. A través de este utensilio pasa todo el callado temor por tener seguro el pan, toda la silenciosa alegría por haber vuelto a vencer la miseria, toda la angustia ante el nacimiento próximo y el escalofrío ante la amenaza de la muerte.

Y aquí reside la propuesta constructiva del libro. Para reconstruir la cultura, ese enorme entramado de metáforas y significados que sólo se revelan a quien está dispuesto a ponerse en juego con ellas, hay que aprender a mirar, o sea, a asombrarse, que es lo que permite percibir la realidad como regalo o don (verdadero, bello, bueno) y lo que puede cambiar nuestro punto de vista, de actores a espectadores, receptores o huéspedes de lo real.

Una última orientación para enriquecer la lectura de *La suerte de la cultura* pasa por tomarse en serio el final del libro. Allí, Carabante recuerda que la cultura nos descubre el sentido –de la existencia humana y sus situaciones límite, de la vida en sociedad y sus alegrías y complicaciones, del mundo y la presencia o ausencia en él de una razón creadora– si, antes, experimentamos una conversión, un cambio en nuestro punto de vista que nos devuelva a nuestra condición original de espectadores, capaces de descubrir las cosas en lo que son. Sólo así, dirá, captaremos su verdad, su bondad y su belleza. Sin embargo, ¿es esto realmente provechoso para el ser humano? Contemplar la realidad es, también, enfrentarse a misterios que no siempre alimentan nuestras ganas de vincularnos al mundo y a los demás: el sufrimiento, la crueldad, el hambre y la guerra, la injusticia, los desastres naturales. Parafraseando un conocido título de Rüdiger Safranski, entonces, podríamos preguntarnos ¿cuánta verdad necesita el hombre?

Cuando Carabante escribe que, a los ojos de quien sabe mirar, la realidad comparece como bien, añade que “concebir esta última como bien es reconocer que las cosas, más allá del beneficio que deparen, son dignas de ser amadas” (p. 86) y que “el bien se vincula con el amor hacia todo lo que es porque amar implica confirmar a las cosas en su existencia” (p. 87). Conviene pensar esto a fondo, pues no hace falta mucha imaginación para rememorar una serie de realidades que distan mucho de ser amables y cuya confirmación en la existencia parecería una validación de lo pesadillesco. ¿Por qué hemos de amarlas? No es esta reseña el lugar para discutir una cuestión que exige el concurso de la metafísica y la teología, pero cuesta sustraerse a la sugerencia de C. S. Lewis en *Mero Cristianismo* (1942-1944) cuando, indirectamente, respondía la pregunta refiriéndola... a él mismo. Recordando la

regla cristiana de «amarás a tu prójimo como a ti mismo», Lewis se preguntaba ¿cómo me amo a mí mismo? “Ahora que lo pienso, no experimento lo que se dice un sentimiento de cariño o afecto por mí mismo, y ni siquiera disfruto siempre de mi propia compañía”, de modo que *amar al prójimo* no puede significar *tenle cariño* o *encuétralo atractivo*. “¿Tengo buena opinión de mí, me considero una buena persona?”, continuaba Lewis. “Bueno, me temo que a veces sí [...], pero esa no es la razón por la que me amo a mí mismo. De hecho, es al revés: el amor que me tengo hace que me tenga por una buena persona, pero tenerme por una buena persona no es la razón por la que me amo a mí mismo”. De modo que, si amar al prójimo incluye amar a los enemigos, eso en modo alguno exige tenerles por buenas personas. Más aún, seguía el escritor inglés, “en mis momentos más clarividentes no sólo no me considero una buena persona sino que sé que soy una persona muy mala. Puedo contemplar algunas de las cosas que he hecho con rechazo y horror”. No obstante, ¿se pueden odiar las malas acciones sin odiar al hombre que las cometió?

Durante largo tiempo pensé que esta era una distinción estúpida y mezquina [...]. Pero años más tarde se me ocurrió que había un hombre con el que yo había puesto esto en práctica durante toda mi vida. Ese hombre era yo mismo. Por mucho que me disgustase mi cobardía o mi vanidad o mi codicia, seguía queriéndome a mí mismo. [...] Justamente porque me amaba a mí mismo lamentaba descubrir que era la clase de hombre que hacía esas cosas. En consecuencia, el cristianismo no quiere que reduzcamos en un átomo el odio que sentimos por la crueldad y la traición. Deberíamos odiarlas. [...] Pero el cristianismo quiere que las odiamos del mismo modo en que odiamos esas cosas en nosotros mismos: lamentando que ese hombre haya hecho esas cosas y esperando, si es posible, que de algún modo, en algún momento, en algún lugar, el hombre puede ser curado y humanizado de nuevo.

Dejando a un lado el contexto apologético cristiano en que escribe Lewis, su razonamiento permite extraer una sugerencia muy útil para pensar la cuestión del bien aludida por Carabante. Amar algo me descubre su bondad, sin negar ni ocultar sus aspectos más oscuros e incluso malévolos. ¿Cómo lo sabemos? Porque lo practicamos a diario con nosotros mismos. Con esto, obviamente, no zanjamos el problema pero, al menos, podemos vislumbrar un modo de vivir que no nos expulsa del mundo y de la convivencia con los demás, los escenarios en los que estamos llamados a desarrollarnos y en los que la cultura es, como concluye el autor, imprescindible.